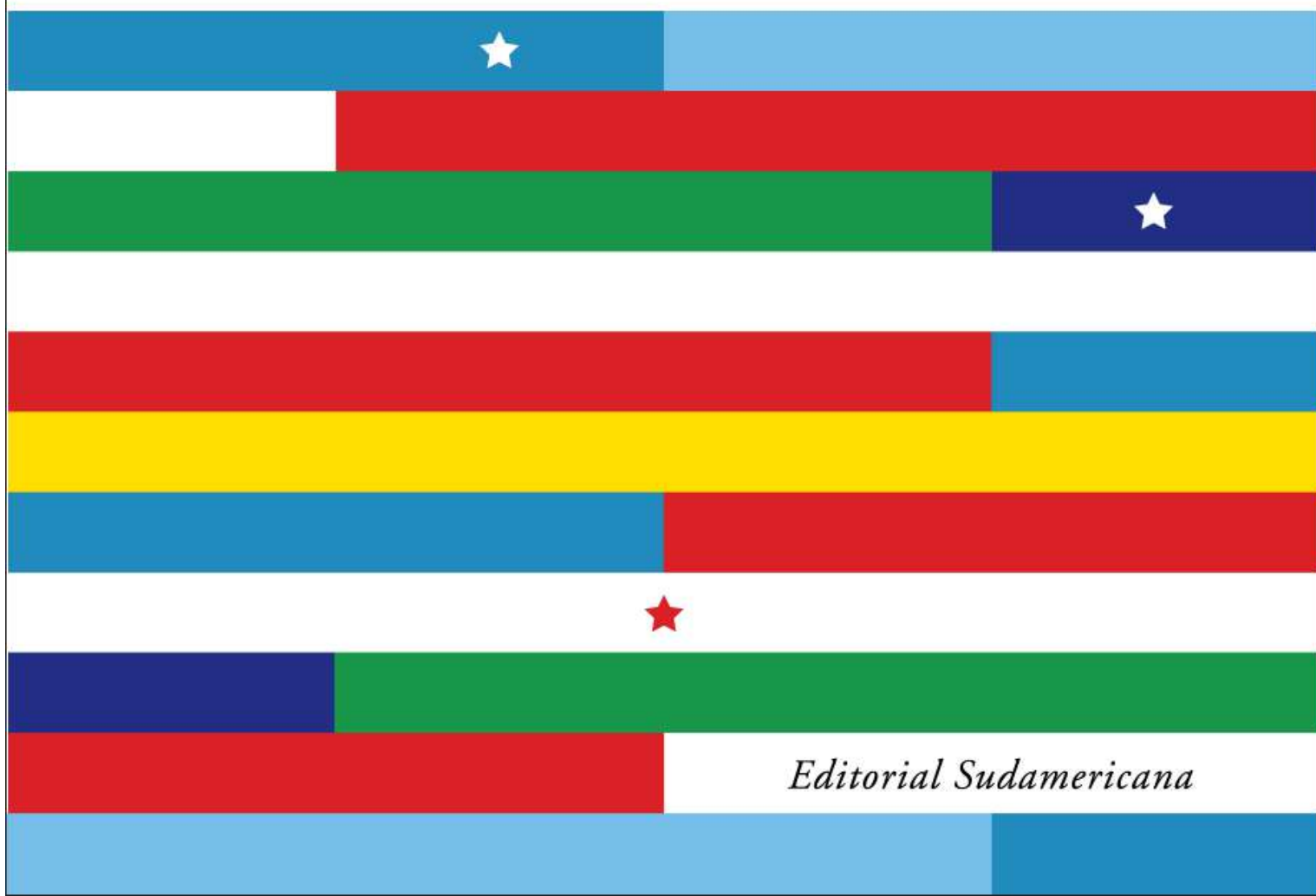


José Carlos Chiaramonte • Carlos Marichal
Aimer Granados (compiladores)

CREAR LA NACIÓN

LOS NOMBRES DE LOS PAÍSES DE
AMÉRICA LATINA



Editorial Sudamericana

José Carlos Chiaramonte, Carlos Marichal y Aimer Granados
(compiladores), *Crear la nación. Los nombres de los países de América Latina*,
Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2008, 384 p.

Brasil, Brazil: sueños y frustraciones

José Murilo de Carvalho

Universidade Federal do Rio de Janeiro

Juliet: "What's in a name? That which we call a rose

By any other word would smell as sweet"

(W. Shakespeare. *Romeo and Juliet* (II, ii, 43-44)

La palabra y la cosa

Julietta parecía no darle gran importancia a los nombres: la rosa mantendría su perfume cualquiera fuese su denominación. Pero el propio Shakespeare la desmintió, haciendo que el peso de los dos nombres de los Capuleto y Montesco conllevara a la tragedia que causaría la muerte de los dos amantes. ¿Habría algo en el nombre de los países que pudiese afectar su identidad y su destino, para bien o para mal, para la felicidad o para la tragedia? ¿El nombre hace al país o es el país el que fabrica su nombre? ¿Hay países que crean su nombre y otros que son moldeados por su apelativo? ¿Es igual un país que se autodenomina a uno nombrado por otros? Este es el fascinante desafío que nos lanzan los organizadores de este simposio. Al comenzar este trabajo sobre el nombre de Brasil, yo no tenía una clara idea sobre las conclusiones a las que llegaría. Y, en verdad, no estoy seguro de haber llegado a ninguna definitiva.

Muchas palabras para la misma cosa

Una de las características de la llegada de españoles y portugueses al continente hoy llamado América fue la incertidumbre acerca de la naturaleza de la cosa. ¿Eran las Indias un mundo nuevo, o, eran una isla, o eran un continente? Colón creía que se trataba de

Indias *occidentales*. Cabral pensó que había desembarcado en una isla. Vespucci desconfiaba que fuera un continente nuevamente descubierto. Las dudas sobre el todo se reproducían con respecto a sus partes, en especial en relación a aquellas zonas habitadas por pueblos nómades con un grado bajo de organización social.

Este fue el caso de las tierras visitadas por Cabral en 1500. A lo largo de los siglos XVI y XVII, fue bautizada con varios nombres. La disputa sobre cómo deletrear el nombre de Brasil se extendió hasta el siglo XX, y hasta hoy se sigue discutiendo sobre los orígenes del nombre. Es difícil imaginar otro país con tan grandes dificultades para resolver inclusive el debate sobre su propio nombre. A lo largo del tiempo, esta tierra fue conocida por los siguientes apelativos:

<i>Pindorama</i> (antes de 1500)	<i>America</i> (1507)
<i>Ilha (Terra) de Vera Cruz</i> (1500)	<i>Terra do Brasil</i> (1507)
<i>Terra de Santa Cruz</i> (1501)	<i>Índia Ocidental</i> (1578)
<i>Terra Papagalli</i> (1502)	<i>Brazil</i> (siglo XIX)
<i>Mundus novus</i> (1503)	<i>Brasil</i> (siglo XX)

La costa a la que llegó Pedro Álvares Cabral en 1500 era llamada Pindorama por los habitantes con los que trabó contacto, y también como Tierra de las Palmeras. El capitán permaneció diez días en tierra, vio gentes extrañas, ni prietas ni blancas, que caminaban completamente desnudos por las playas, tenían agujeros en los labios en los que entrelazaban huesos y estaban armados con arcos y flechas. Vio también multitud de papagayos y una tierra llena de palmeras y otros árboles. El escribano de la flota, Pedro Vaz de Caminha, asentó, en una carta enviada al rey Don Manuel, que Cabral había dado a esta tierra el nombre de *Terra de Vera Cruz*.¹ Al final de la carta, corrige para decir Isla de Vera Cruz, indicando la incertidumbre acerca de la naturaleza de la región. En cambio, no existía duda sobre el nombre de Vera Cruz por varias razones. En primer lugar, Cabral era caballero de la Orden de Cristo, cuya bandera traía una grande cruz y que le había sido entregado por el monarca Don Manuel antes de la partida de la flota. Fue izada en el mástil

¹ Reproducida en Janaína Amado y Luiz Carlos Figueiredo. *Brasil 1500. Quarenta documentos*. Brasília, Editora da Universidade e Sao Paulo, Imprensa Oficial, 2001, pp. 73-117. La literatura sobre la llegada de los portugueses a lo que posteriormente se llamará Brasil es muy grande. Para efectos de este trabajo, usamos algunos documentos clásicos, algunos de los cuales se encuentran reproducidos en la colección preparada por Amado y Figueiredo.

principal de la nave y colocada al lado del evangelio durante la primera misa celebrada en un islote de la nueva tierra. En su sermón, el fraile franciscano, Enrique Trindade, habló del encuentro de dicha tierra, “conformando-se com o sinal da cruz, sob cuja obediência viemos, o que foi muito a propósito e fez muita devoção”. La segunda misa fue celebrada en tierra firme delante de una gran cruz de madera que el capitán mandó enterrar en el suelo. Finalmente, debe recordarse que el día posterior a la partida de la flota, el 3 de mayo, era el día de la Santa Cruz.

El primer nombre de esta tierra duró poco. Al tomar conocimiento del descubrimiento, Don Manuel trató de apurar su casamiento con la infanta de España. Al mismo tiempo, envió a Gonçalo Coelho a cruzar el océano para confirmar el hallazgo. A su regreso, Coelho informó que la nueva tierra era demasiada extensa para ser una isla y en su navío trajo un gran cargamento de palo de brasil y papagayos. Al año siguiente, el 29 de julio, el monarca portugués escribió a los reyes católicos, Fernando e Isabel, ahora sus suegros, informándoles sobre el descubrimiento de la tierra bautizada por Cabral con el nombre de *Terra de Santa Cruz*: en efecto, el rey había cambiado *Isla* por *Tierra* y *Vera Cruz* por *Santa Cruz*.² El nuevo nombre fue adoptado inmediatamente, como lo demuestran numerosos textos de la época, entre ellas, por ejemplo, la carta escrita por Alberto Cantino, residente en Lisboa al duque de Ferrara, fechada el 17 de octubre de 1501, en la que habla de un lugar llamado de la Santa Cruz.³

Esa fue apenas el primer cambio de nombre. El piloto y cosmógrafo florentino Américo Vespucci participó en una expedición a la nueva tierra, enviada por el soberano portugués en el año de 1501, y su relato de viaje fue recogida en una carta escrita en el primer semestre de 1503, enviada a Lorenzo de Médici en Florencia. Publicada en traducción latina en 1503, pronto se convertiría en un verdadero *best seller*, con 22 ediciones en varias lenguas hasta 1506. Ya desde la segunda edición, Vespucci bautizó las nuevas tierras *Mundus Novus*, diciendo que era “licito llamarlas Mundo Nuevo porque ninguna de ellas eran conocidas por nuestros mayores.”

Al contrario de Cabral, afirmó que no se trataba de una isla: “Allí supimos que esta misma tierra no era una isla sino un continente porque se extiende por larguísimas litorales

² “Carta de el-rei D. Manuel de Portugal aos reis católicos”. La carta fue escrita en español. Transcrita en J. Amado y L. C. Figueiredo, *Ob. cit.*, pp. 219-236.

³ *Id.*, pp. 245-250.

que no tienen fin y porque está repleta de infinitos habitantes”.⁴ La importancia del texto de Vespucci y de la expresión *Mundus Novus* aumentó mucho cuando Waldseemüller incorporó sus informaciones en el famoso mapa de 1507 en el cual le dio el nombre de *América* a la nueva tierra, en homenaje al piloto florentino. Así el tercer nombre de *Mundus Novus* fue luego sustituido por un cuarto apelativo.

Las noticias del descubrimiento se desparramaron rápidamente por Lisboa, donde residían muchos comerciantes, capitalistas y espías italianos. Gracias a ellos, la novedad se difundió por otras partes de Europa, aunque en muchos de sus informes se referían a las tierras descubiertas como Tierra de los Papagayos, o *Terra Papagalli*. La razón del nuevo nombre tenía que ver con aspectos que llamaron la atención de los primeros visitantes: el exotismo de algunos animales y la belleza de algunas aves, en particular de la familia de psitácidos, papagayos y periquitos. Los marineros de Cabral obtuvieron “papagayos vermelhos, muito grandes e formosos” de los nativos a cambio de espejos y objetos de poco valor. Los exploradores siguientes habrían de cargar sus navíos con palo de brasil, loros, otras aves tropicales, y algunos indígenas. Un precioso documento de 1511 titulado “*Livro da nau bretoa que vai para a terra do Brasil*”, describe en pormenor el contenido de un navío que había viajado en busca de productos de la nueva tierra. Nos hace saber que embarcó 5008 trozos de palo de brasil, 35 esclavos indígenas, además de 15 papagayos, 22 *tuins*, 13 *gatos* y 15 *sagüis*, calculándose el valor de las aves y animales en R\$ 24\$220 (24 contos, 220 mil-réis) del cual el rey obtendría un valor equivalente al quinto real.

A partir de esta época, el nombre de *Terra Papagalli* fue registrado en los mapas de la época, pero más importante que los papagayos eran las maderas comerciables que se encontraron en la nueva tierra, en particular el palo de brasil. Tratábase de un árbol que luego sería clasificado por Lamarck en 1789 como *Caesalpinia Echinata* y que los indígenas llamaban *chamavam de ibirapitanga*, u árbol rojo. Alto y grueso, con corteza gris, cubierta de espinas y con cerne rojo, desplegaba flores amarillas. Colón ya había encontrado este tipo de árbol en la isla de la Española en su segundo viaje, de acuerdo con el testimonio de Pedro Mártir de Anghiera quien habla de madera que “vestri mercatores

⁴ *Id.*, pp. 307-324. *Mundus Novus* es considerada por muchos como un texto apócrifo que no fue. Pero no escrito directamente por Vespucci, seguramente basado en cartas auténticas del piloto y otros documentos de la época.

Itali verzinum, Hispani brasillum appellant”.⁵ En una carta del mencionado comerciante Cantino de 1501, ya se menciona el hecho de que una carabela española había llegado de las Antillas cargadas con trescientos quintales de *braxilio e verzino*.

Colón y los exploradores portugueses identificaron este árbol con dicho nombre porque desde el siglo XII se conocía un árbol semejante, llamado *de Brazil*, o variantes de esta palabra, que era importada desde Asia, sobre todo de Ceilán e Indonesia. Científicamente, la variedad asiática fue clasificada por Linneo como *Caesalpinia Sappan*. La madera de este árbol era usada sobre todo como colorante de paños y en menor grado para preparar tintas. Por ser una madera muy dura también se usaba en la fabricación de instrumentos musicales, siendo utilizada hasta el presente para los arcos de violín. Existen registros de nombres de la madera en Italia desde el siglo XI y en España desde el siglo XII. Marco Polo habló del *brésil* y en el texto del *Roteiro da viagem de Vasco da Gama* se habla de la existencia de “muito bom brasyll, o qual faz muito fino vermelho”.⁶

Durante las primeras tres décadas después de la llegada de los portugueses, el principal producto comerciable de la nueva tierra fue, en efecto, el palo de brasil. La madera de dichos árboles era cortada en trozos de más o menos un metro y medio de largo, pesando cerca de treinta kilos. Los portugueses distribuían hachas y cuchillos a los indígenas que cortaban, desbastaban y cargaban los árboles hasta los navíos a cambio de herramientas, espejos, ropa, sombreros y otros productos. El temprano cronista francés, Jean de Léry, pastor calvinista, destacó la importancia de los indígenas en el corte y transporte de estas maderas hasta la costa, lo que implicaba llevar las pesadas cargas por muchos kilómetros de distancia sobre los hombros.⁷ Varios mapas de época contienen escenas de indígenas cargando trozos de palo de brasil y, puede señalarse que en una famosa fiesta *brasileña* organizada en Rouen en 1550, para diversión del rey francés, se presentó una representación de la misma escena.

El comercio del palo de brasil, sin embargo, no generaba las mismas utilidades que el de las especies de Oriente, e inclusive, se consideraba a la madera brasileña como inferior a su símil asiática. Pero los menores costos de transporte y el trabajo virtualmente

⁵ A.L. Pereira Ferraz, *Terra da ibirapitanga*. Rio de Janeiro, Imprensa Nacional, 1939, pp. 48.

⁶ Rodolfo Garcia, *Ensaio sobre a história política e administrativa do Brasil (1500-1810)*. 2ª. ed., Rio de Janeiro, Brasília, José Olympio e INL, 1975, pp. 15.

⁷ Jean de Léry, *Viagem à Terra d o Brasil*. Belo Horizonte/Sao Paulo, Itatiaia/ Edusp, 1980, pp. 168.

gratuito de los indígenas lo convertían en un negocio rentable. El producto asiático pronto perdería la batalla en los mercados europeos y su nombre pasaría a ser simplemente *sappan*. Las maderas de palo de brasil eran transportadas en grandes cantidades a Ámsterdam para la molienda y transformación en polvo. Un quintal, o sea unos 60 kilos de polvo, valían alrededor de 2,5 ducados en el siglo XVI, el equivalente hoy de cerca de 875 dólares.⁸ Se calcula que se derribaron dos millones de árboles en los primeros cien años de exploración, devastando unos 6,000 kilómetros de la selva conocida como *Mata Atlântica*. La expoliación de los recursos naturales acompañó a la nueva tierra desde sus primeros días.

Donde entra el demonio

La intensa actividad en torno del palo brasil tuvo como efecto inmediato la adopción del nombre *Brasil* para las tierras recientemente descubiertas. El mapa-múndi de Cantino, de 1502, encomendado por este espía italiano a un cartógrafo portugués, ya registró la existencia de un Río de Brasil en los nuevos territorios de ultramar. El mapa identifica la región por la presencia de muchos árboles y grandes monos. Escritos de la época indican que ya en 1503 la tierra comenzó a ser llamada Brasil.⁹ En otra carta de Américo Vespucci, datada en 1502, se afirmaba: “Encontramos infinita cantidad de *virzino* (palo de brasil), muy bueno para cargar en cuantos navíos estuviesen hoy a la mar, sin ningún costo.”¹⁰ Fue exactamente lo que los capitanes de los navíos hicieron: cargarlos con madera para llevar a Lisboa. El mapa-mundi de Marini, de 1511, registra por la primera vez el nombre de Brasil para denominar esta tierra. El mapa de Lopo Homem, reproducido en el Atlas de Pedro y Jorge Reinell, con mapas realizados entre 1515 e 1519, traza la mejor representación de la nueva tierra con el nombre de *Terra Brasilis*. En el mapa se observan indios cortando y cargando palo brasil, monos volando por los aires y un dragón verde escondiéndose en la selva.

Al final de la segunda década del siglo XVI, el nombre de Brasil ya superaba al de Isla de Vera Cruz, Tierra de Santa Cruz, Tierra de los Papagayos, Mundo Nuevo y

⁸ Ângelo C. Pinto, *O pau-brasil e um pouco de história brasileira*. www.sbg.org.br, PN-NET/causo7.htm

⁹ Ver A.L. Pereira Ferraz, *op. Cit.*, pp. 33-106.

¹⁰ Reproducida en Janaina Amado y Luiz Carlos Figueiredo, *op. cit.*, pp. 273-283.

América, para indignación de muchos. El cronista João de Barros, en sus *Décadas da Ásia*, publicadas en 1552, denunció: “[...] o demônio [...] tanto que daquela terra começou de vir o pau vermelho, llamado Brasil, trabalhou que este nombre ficasse na boca do povo, e que se perdesse o de Santa Cruz, como que importava mais o nombre de um pau que tinge panos, que daquele pau, que deu tintura a todos os sacramentos por que somos salvos, pelo sangue de Jesus Cristo que nele foi derramado”. Y prosiguió, proponiendo el nombre de Província de Santa Cruz en vez de Brasil “posto por vulgo sem consideração e não habilitado para dar nombre às propriedades da Coroa real.”¹¹

Em 1576, Pedro de Magalhães Gandavo, amigo del mayor poeta épico de la língua portuguesa, Camões, ya dejaba transparentar la ambigüedad en el propio título de un livro que escribió: *História da província de Santa Cruz a que vulgarmente chamamos Brasil*. En el texto, explica que Cabral puso el nombre de Santa Cruz en homenaje a la cruz de Cristo y porque los caballeros de la Orden de Cristo portaban una cruz colgado en el pecho. Según João de Barros (a quien citaba), protestaba: “Por onde nam parece razam que lhe neguemos este nombre, nem que nos esqueçamos delle tam indevidamente por outro que lhe deu o vulgo mal considerado, depois que o pao da tinta começou de vir a estes Reinos; ao qual chamaram brasil por ser vermelho, e ter semelhança de brasa, e daqui ficou a terra con este nombre de Brasil”. Y predicaba una venganza contra el demônio: “tornemos-lhe a restituir seu nombre e chamemos-lhe Província de Santa Cruz, como em princípio”, porque más era de de estimar “hum pao em que se obrou o mistério de nossa redenção que o outro que nam serve de mais que tingir pannos ou cousas semejantes”.¹²

Ya en siglo XVII, en el libro de autor anónimo titulado *Diálogos das grandezas do Brasil*, escrito en 1618, un personaje pregunta por que la tierra pasaba a llamarse Brasil, habiéndose casi completamente olvidado el nombre original de Tierra de Santa Cruz. El interlocutor explica: “Não o está para com Sua Majestade e os senhores dos conselhos; pois, nas provisões e cartas que passam quando tratam deste Estado lhe chamam a terra de Santa Cruz do Brasil, e este nombre Brasil se lhe ajuntou por respeito de um pau llamado

¹¹ *Id.*, pp. 428.

¹² Pero de Magalhães Gandavo, *Tratado da Terra do Brasil. História da Província Santa Cruz*. Belo Horizonte/ Sao Paulo: Itatiaia/Edusp, 1980, pp. 80.

desse nome, que dá uma tinta vermelha, estimado por toda a Europa, e que só desta província se leva para lá”.¹³

Pocos años después, en 1627, Fray Vicente do Salvador, autor de la primera historia do Brasil, repetía las mismas quejas que João de Barros y Gandavo, insistiendo que fue a partir del momento que Cabral clavara una cruz en la nueva tierra que se estableció el nombre de Tierra de Santa Cruz. Y, agregaba: “e por este nome foi conhecida muchos anos. Porém, como o demônio com o sinal da cruz perdeu todo o domínio que tinha sobre os homens, receando perder também o muito que tinha em os desta terra, trabalhou que se esquecesse o primeiro nome e lhe ficasse o de Brasil, por causa de um pau assim llamado de cor abrasada e vermelha com que tingem panos, do qual há muito, esta terra, como que importava mais o nome de um pau con que tingem panos do que o daquele divino pau, que deu tinta e virtude a todos os sacramentos da Igreja, e sobre que ela foi edificada e ficou tão firme e bem fundada como sabemos”. Añadía que el cambio en el nombre causaba la decadencia en esta tierra: “E porventura por isto [...] ficou ele [o estado do Brasil] tão pouco estável”. [...] e sendo a terra tão grande e fértil como ao diante veremos, nem por isso vai em aumento, antes em diminuição”. Con el nombre de Santa Cruz, “pudera ser estado e ter estabilidade e firmeza”.¹⁴

El demonio ganó la batalla y el nuevo país fue definitivamente conocido como Brasil. ¡La última lanzada de la victoria demoníaca fue la declaración del palo de brasil como árbol nacional, el 3 de mayo de 1978! Pero allí no terminaban las disputas. Había un nombre, pero ¿como debía escribirse y de donde provenía?

¿Producto comercial o isla encantada?

Entre los que adoptan la versión generalizada en la época de que el nombre Brasil provenía de la madera roja, había y continúa a existir una disputa acerca de como deletrear la palabra. La propia Academia Brasileira de Letras, cuando fue recién creada, se enredó en

¹³ *Diálogos das grandezas do Brasil*. Sao Paulo, Melhoramentos, 1977, pp. 35. Atribuído a Ambrósio Fernandes Brandão.

¹⁴ Frei Vicente do Salvador, *História do Brasil, 1500-1627*. Belo Horizonte e Sao Paulo, Itatiaia/Edusp, 1982, pp. 57-58.

este debate. Enlisto algunas de las versiones registradas entre los siglos XI e XVII para referirse a la madera:¹⁵

Nombres da madeira

bersil	braxilis
berzil	brasill
bresil	brazil
brasile	brasil
brezil	brasyl
brezilh	brasyle
bresillo	brazilem
brezelli	brizilien
brezellum	brisilli
bresillum	brisolium
brasilium	verzino
braxille	

La primera versión de *bersil*, proviene de un documento francés del año de 1085. En general, predominaba en la escritura francesa *brésil*, en la española y portuguesa *brasil* y en italiano *verzino*. En portugués, decíase también *brazil* y en italiano *brazile*. Los gramáticos disputan y continuarán discutiendo largo tiempo sobre la etimología de cada una de estas versiones pero aquí no resulta necesario entrar en dicho debate. Lo que parece cierto es no se trata de una palabra latina sino que probablemente encuentra su origen en el alemán *brasa*, que significa carbón incandescente, que luego daría *brese* en francés, y posteriormente *brésil*. El Latin vulgar de la época medieval registraba *brezellum*, *brasilium*, *bresilum*.

Pero la mayor polémica en torno del nombre del país estaba por llegar, no tratándose tanto de la ortografía como del origen del nombre. Si entre los cronistas coloniales era virtualmente unánime la versión de el nombre de la nueva tierra provenía del apelativo de la madera brasil, a partir de inicios del siglo XX, comenzó a ganar fuerza otra versión que defendía un origen distinto, alternativo o complementario. En sus notas a la tercera edición de la principal historia general del Brasil hasta entonces, la *História geral*

¹⁵ A.L. Pereira Ferraz, *op. cit.*, pp. 212-218.

do *Brasil* por el vizconde de Porto Seguro (Francisco Adolfo de Varnhagen), que databa de 1906, otro respetado historiador, Capistrano de Abreu, menciona una vertiente distinta del nombre *brasil*. De acuerdo con éste, se trataba de una isla mítica supuestamente localizada en el Atlántico a la altura de las costas irlandesas, siendo una de las islas o tierras fantásticas que poblaron el imaginario europeo desde la Edad Media.¹⁶

La isla de Brazil aparece en varios mapas desde 1375, entre ellos el Atlas de Catalan de esa fecha, el Medicean Portulana (1361) y el mapa de Pizigani (1367) e, inclusive, en el mapa de Mercator de 1595. En veces se trata de una isla, en otras de dos islas o, inclusive, tres, localizadas entre las Azores e Irlanda. Además, como en el caso del palo de *brasil*, se dieron numerosas formas diferentes de escribir los nombres de estas islas imaginarias a través de los siglos:

Brazil	Breasail
Brazi	Brazille
Brazie	Brazir
Bracir	Bracil
Berzil	Braçil
Berzi	Bacil
Bersill	Bracill
Brasil	Braxil
Brasill	Braxili
O' Brassil	Buzille
Brazille	Hi-Brazil
Brisilge	

La leyenda de una isla fantástica que era vista envuelta en brumas y a la cual nadie podía llegar, tenía un origen en viejas tradiciones celtas. El nombre vendría, al parecer, de las palabras *breas* (largo) e *i* (isla). Alternativamente se ha sugerido que provenía del irlandés *Ui Breasail*, descendientes del rey *Brasal*, o *Bresal*, o *Bres*, hijo de *Eriu*, diosa de la que se deriva el nombre de Irlanda. Este rey tenía fijado su residencia en otro mundo en

¹⁶ Visconde de Porto Seguro, *História Geral do Brasil. Antes de sua separação e independência de Portugal*. 3ª. ed., Sao Paulo, Melhoramentos, s/a integral, 4 tomos, pp. 11-12.

la isla de Bresal, Hy-Breasal, o I-Breasal. Para algunos, la Isla de Brazil era la misma que la de *Saint Brandon*. Este misionero habría partido de Irlanda en busca de esta tierra de felicidad en el año 565. El navegante tardo medieval, John Jay, otro creyente en la existencia de isla, partió de Bristol en 1480 en su búsqueda. Tan popular era el nombre de la Isla Brazil que constó largo tiempo en los mapas del Almirantazgo inglés y de ellas sólo fue eliminada en 1865. Los sobrenombres Brassil, Brazier, Brazil, Brazzill son comunes hasta hoy en Irlanda.¹⁷ Y en la tercera isla de las Azores, hay un monte llamado Brasil.

La leyenda de la Isla de Hi-Brazil inspiró a varios poetas de lengua inglesa, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XIX. E. Galwey termina así su poema *Hy Brazil*, de 1872:

And I know its radiance calm and pure
Beams from Hybrazil's shore,
Where those who to the end endure
Shall rest for evermore.¹⁸

Ethna Carbery escribió el poema *I-Breasil* en 1906, con este final:

But I move without in an endless fret,
While somewhere beyond earth's brink, afar,
Forgotten of men, in a rose-rim set,
I-Breasil shines like a beckoning star.

El más inspirado de los poemas que se refieren a la isla me parece ser el *Romance of Meergal and Garmon*, de Robert Dwyer Joyce, publicado en 1861, cuya última estrofa reza:

When the stars are on the waters, and the peasants by the shore,
Oft they see that boat of beauty with the sparkling diamond prore,
Sailing, sailing with the lovers o'er the silent midnight sea,
To the beautiful Hy Brasil where they're blest eternally!

¹⁷ Véase Geraldo Cantarino, *Uma ilha chamada Brasil. O paraíso irlandês no passado brasileiro*. Rio de Janeiro, Mauad, 2004.

¹⁸ Para la reproducción completa de este y otros poemas, véase Geraldo Cantarino, *Ob. cit.*, pp. 333-358.

No obstante, ninguno de los autores contemporáneos a la llegada de los portugueses al nuevo continente menciona a la Isla Brazil como posible inspiración para el bautismo de la nueva tierra. Todos son unánimes en atribuir el nombre de Brasil a la madera encontrada allí. Por otra parte, y pese a algunas hipótesis, no se ha demostrado relación alguna entre la Isla Brazil y la madera, siendo algo difícil atribuir la presencia de palo de brasil en una isla solamente divisada a través de brumas. Sin embargo, algunos descontentos con la sustitución del nombre de Santa Cruz por el de una madera brasil, tuvieron algunos seguidores en el siglo XX, buscando su origen en la fantástica Isla Brazil.

Quien más defendió la nueva versión fue Gustavo Barroso en un libro de 1941.¹⁹ Argumentando que era una hipótesis plausible que los navegantes portugueses conociesen la Isla Brazil, por estar reproducida en varios mapas de la época, Barroso afirmaba que se produjo una fusión de ambas vertientes de la palabra Brasil en la definición del nombre del país, ignorando las unánimes referencias a favor de la madera. Se trataba en el caso de Barroso no tanto de una defensa de la fe católica como cuanto el de conferir un origen al nombre del país más digno que el de una mercancía. Este historiador hacía explícito este propósito:

“Aliás, a origem a que nos inclinamos é mais agradável ao espírito e ao coração dos brasileiros. Não pode haver quem não prefira que o apelido de seu torrão natal signifique Terra Abençoada, Terra dos Afortunados, dos Bem-aventurados, of the Blest, do que recorde tão somente o utilitário e vulgar comércio do pau de tinta”.²⁰

Barroso revela el mismo desprecio por el árbol que fue exhibido por los cronistas coloniales. Pero su desprecio consistía tanto en su fe católica como en algo menos respetable: su profundo anti-semitismo. La cita anterior continúa de la siguiente forma: “[comércio] exercido nos primeiros dias da conquista, não pelos portugueses idealistas que a realizaram, mas pelos cristãos novos Loronhas e Bixordas”. Se afirma que el primero de los individuos mencionados, Loronha y Fernando de Noronha, primer contratista de comercio del palo de brasil, fue quien dio el nombre a la isla de la costa de Brasil, y algunos historiadores juzgan que era cristiano nuevo. Barroso concluía que ello no era

¹⁹ Gustavo Barroso, *O Brasil na lenda e na cartografia antiga*. São Paulo, Cia. Editora Nacional, 1941.

²⁰ *Id.*, pp. 168.

posible y que Brasil, era la tierra referida por el poeta Griffin: “And they called it O’Brasil, the isle of the blest!”.

Una posición semejante a la de Barroso pero sin el antisemitismo, es la propuesta por Geraldo Cantarino en un libro publicado en 2004, en donde a pesar de reconocer la dificultad de relacionar el nombre del país con la isla mítica, se pregunta porqué no se puede imaginar (sic) tal origen. En las conclusiones, sugiere que la Isla paradisíaca – la isla de los sueños- sería un mejor origen para el nombre del país; el título de su libro no deja lugar a dudas de su intencionalidad.

Así como el nombre de brasil-madera incomodó e incomoda a mucha gente, lo mismo ocurrió con el adjetivo brasileiro, usado como gentilicio, esto es, como designación de los habitantes de la tierra. Brasileiro era un comerciante de palo de brasil, una profesión cualquiera como herrero o carpintero. Un português brasileiro era un luso dedicado al comercio de maderas. Los indígenas, por su parte, eran llamados de **brasis**, mientras que los europeos de Brasil eran portugueses. Una de las primeras evidencias del uso de la palabra *brasileiro* para denominar a los habitantes data de 1663, año en el que tuvo lugar un incidente en la comunidad de jesuitas que reveló tanto la existencia del nombre de *brasileiros* como el rechazo de los portugueses de la tierra a que así se les llamara. En la descripción del gran historiador de la Compañía de Jesús en el Brasil, Serafim Leite, se afirma: “Os portugueses do Brasil não queriam ser ‘brasileiros’; e a estes, num qualquer despique familiar, chamara o P. Belchior Pires *brasileiros*: preadictos Patres despiciatus Brazileiros vocat”.²¹ El vocable *Despicatus* implicaba claramente desprecio. El mismo historiador comentaba lo que había encontrado en su lectura de documentos de la Compañía entre 1549 e 1757: “Nesse período, a quantos nasciam no Brasil, que não fossem índios ou negros puros, se dava o nome de *Portugueses*, e é assim que aparecem nos catálogos e outros documentos da época, determinando-se a naturalidade ou pela cidade em que nasciam ou com a designação de *Portugueses do Brasil* ou *Luso-Americanos*, esta segunda designação mais usada no Estado do Maranhão e Pará”.²² Los propios miembros de la Compañía que vivían en Brasil eran llamados “Brasilienses”, en latín.

²¹ Serafim S.J. Leite, *História da Companhia de Jesus no Brasil*. Sao Paulo, Ediciones Loyola, 2004, pp. 15-16.

²² *Id.*, pp. 87-88.

Aún en la época de la independencia, todavía era común usar la expresión *portugueses de Brasil* para referirse a los brasileños. Como recordaba el historiador, Serafim Leite, durante la Guerra Cisplatina en 1827, los argentinos solían llamar a los brasileños “los Portugueses inimigos nuestros”.²³ Pero ya en esta época post independiente no existían mayores dudas acerca del nombre del país, excepto en lo que se refería a su grafía. En cambio, durante bastante tiempo siguieron vigentes varios gentilicios, usándose tanto brasileiro como brasiliense, brasiliano, o brasílico. El principal periódico brasileiro publicado en Inglaterra en el período de gobierno de Don João (1808-1821) se llamaba *Correio Braziliense*. El futuro revolucionario, Frei Caneca, intentó conciliar a brasileiros y portugueses de Pernambuco en 1822, distinguiendo entre *portugueses de Europa* y *portugueses americanos*. Si Brasileiro era una profesión, el gentilicio debería ser sin duda brasiliense o brasiliano. La manera correcta de formar el gentilicio fue adoptada en varios idiomas: en francés (brésilien y no brésilier), en español (brasileño y no brasileiro), en italiano (brasiliano y no brasileiro), y en inglés (Brazilian y no Braziller).²⁴

La naturaleza y el imperio de la fantasía

Ya no existe sustentación histórica para la hipótesis defendida por Gustavo Barroso de una influencia conjunta del palo de brasil y de la fantástica Isla Brazil en el nombramiento del país, encuentro que se produjo en el proceso de construcción del imaginario nacional. El énfasis en las riquezas naturales como seña de identidad de la nueva tierra estuvo presente desde la llegada de los conquistadores portugueses. Desde el viaje de Cabral, los cronistas no pararon de exaltar la riqueza y la belleza de esta tierra. Esta también había sido la impresión de Colón ocho años antes, cuando habló de un paraíso terrestre. En relación con Brasil, la expresión más contundente de ese sentimiento salió de la pluma de Américo Vespucci en su carta *Mundus Novus*. La gente de la tierra descubierta no le agradaba por la evidencia de canibalismo. Pero en relación con la naturaleza afirmó,

²³ *Id.*, pp. 88.

²⁴ Notese la existencia de una editorial norteamericana con el nombre de Braziller.

de acuerdo con la traducción latina que nos ha llegado: “[...] certe se paradisus terrestris in aliqua sit terra parte, non longe ab illis regionibus distare existimo”.²⁵

A partir de Vespucci, esta visión de motivo Edénico, dominó los textos de los cronistas coloniales. Pueden fácilmente multiplicarse las citas. En 1576, Pero de Magalhães Gandavo afirmó que la tierra era “sem contradição a melhor para a vida do homem que cada uma das outras de América, por ser comumente de bons ares e fertilíssima, e em grã maneira deleitosa e aprazível à vida humana”.²⁶ De acuerdo con dicho la tierra allí era siempre verde y el clima de permanente primavera. En 1618, 42 años después de Gandavo, el autor de *Diálogos das grandezas do Brasil* continuó en la misma línea: “A terra é disposta para se fazer nela todas as agriculturas do mundo pela sua muita fertilidade, excelente clima, bons céus, disposição de seu temperamento, salutíferos ares, e outros mil atributos que se lhe ajuntam”.²⁷

En 1663, el padre jesuita, Simão de Vasconcelos, afirmó en su *Crônica da Companhia de Jesus do Estado do Brasil* que la tierra era un “espanto da natureza” y retomó las palabras de Vespucci: “[...] poderíamos fazer comparações ou semelhança de alguma parte sua com aquele paraíso da terra em que Deus nosso senhor, como em jardim, pôs no nosso pai Adam”. Si no era el paraíso bíblico, afirmaba, tampoco existía duda de que la tierra brasílica era superior a los paganos Campos Eliseos.²⁸

En el siglo XVIII, surgió la más exaltada versión del edenismo en la *História da América Portuguesa* (nótese la persistencia del uso del nombre América), escrita en 1730 por un brasileño, Sebastião da Rocha Pita. El texto es una verdadera pieza de propaganda turística del país. Según el autor:

“Em nenhuma outra região se mostra o céu mais sereno, nem madrugada mais bela a aurora; o sol em nenhum outro hemisfério tem raios tão dourados, nem o reflexos noturnos tão brilhantes; as estrelas são mais benignas e sem mostram sempre alegres; os horizontes, ou nasça o sol, ou se sepulte, estão sempre claros; as águas, ou se tomem nas fontes pelos campos, ou dentro das povoações nos aquedutos, são as mais puras; é enfim o Brasil Terreal Paraíso descoberto, onde tem nascimento e

²⁵ Citado en Sérgio Buarque de Holanda, *Visão do paraíso. Os motivos edênicos no descobrimento e colonização do Brasil*. 2ª. ed., São Paulo, Cia. Editora Nacional, 1969, pp. 239.

²⁶ Pero de Magalhães Gandavo, *Ob. cit.*, pp. 81.

²⁷ *Diálogos das grandezas do Brasil. Ob. cit.*, pp. 32.

²⁸ Citado en João Francisco Lisboa. *Obras*, v. II, pp. 191.

curso os maiores rios; domina salutífero clima; influem benignos astros e respiram auras suavíssimas, que o fazem fértil e povoado de inumeráveis habitantes”.²⁹

Tales elogios fueron realizados en abierto desafío a la condena hecha por Aristóteles y varios de sus seguidores a la “tórrida zona” como inhabitable. Las ideas de Aristóteles sobre dicha zona eran conocidas y respetadas en la época y seguramente Rocha Pita nos lo ignoraba. La fuerza política de la visión edénica se hizo sentir por la primera vez en la época de la independencia. Entre 1820, año de la revuelta liberal de Porto que puso fin al absolutismo en 1822 marcó el inicio de la independencia de Brasil, se produjo un intenso debate en el país acerca de la conveniencia de mantener la unidad con Portugal o la de proclamar la independencia. Había portugueses que argumentaban que sin Portugal el Brasil no era nada. Un autor lusitano prejuicioso, Manuel Fernandes Tomás, descalificó la tierra y la gente do Brasil como incapaces de fundar un nuevo país. Argumentaba que solamente los africanos podían soportar “os dardejantes raios de uma zona abrasadora”. La población, por lo tanto, estaría reducido a “a umas poucas hordas de negrinhos pescados na costa d’Africa” y, según él, el país “selvagem, inculto, e terra de macacos, dos pretos e das serpentes”.

En cambio, el canónigo, Luís Gonçalves dos Santos, salió en defensa del país y contestó a los ataques del portugués “incivil e furioso”. Para tal fin recurrió al testimonio de los cronistas coloniales y de viajeros extranjeros, reafirmando la excelencia del clima, la fertilidad del suelo y las bellezas naturales. Si no era el paraíso bíblico, repitió Simão de Vasconcelos 160 años más tarde, es sin duda un paraíso pagano, “os Elíseos deste Novo Mundo llamado América”. Bastaba que se acrecentara la población para hacer de este paraíso “o maior império, o mais florente e poderoso da terra”.³⁰ Los argumentos en favor de la independencia, en la versión de un actor militante de la escena política eran la naturaleza y sus recursos, siendo un potencial y una promesa de futuro, no aún una realidad.

En la década de 1820, un extranjero Ferdinand Denis, también insistió que la literatura brasileira debía basar su originalidad en la descripción de la naturaleza tropical y

²⁹ Sebastião da Rocha Pita, *História da América portuguesa, desde o anno de mil quinhentos do seu descobrimento, até o de mil e setecentos e vinte e quatro*. Lisboa Occidental, J.A. da Sylva, Impressor da Academia real, 1730, pp.3-4.

³⁰ El panfleto del padre Luís Gonçalves dos Santos está preproducido en el libro: Brasil. Conselho Federal de Cultura, *O debate político no processo da independência*. Rio de Janeiro, s/i, 1973.

las costumbres exóticas de los indígenas.³¹ El romanticismo literario, iniciado en la década de 1830 bajo influencia francesa, fue exactamente eso, exaltando la figura idealizada del indígena, que nada tenía que ver con los indios reales, y vanagloriándose de la naturaleza. Un poema hasta hoy recitado en las escuelas primarias, la “Canção do exílio”, de Gonçalves Dias, es casi una repetición de las estrofas de Rocha Pita: “Nosso céu tem mais estrelas/ Nossas várzeas têm mais flores/ Nossos bosques têm mais vida/ Nossas vidas mais amores”. Esa estrofa fue luego incorporada al himno nacional, que reza: Do que a terra mais garrida/ Teus risonhos lindos campos tem mais flores/ Nossos bosques têm mais vida/ Nossa vida em seu seio mais amores”.

En 1900, en ocasión del cuarto centenario de la llegada de Cabral, el conde de Afonso Celso publicó un libro intitulado *Por que me ufano de meu país*, que fue concebido como el paradigma del *ufanismo*, o sea del orgullo ingenuo de la patria. El autor enlistaba trece razones tener orgullo de su país. Las seis primeras eran edénicas, repitiendo los argumentos usados Cabral: el país es grande, tiene riquezas incalculables, goza de perpetua primavera y no sufre de desastres naturales como terremotos, erupciones volcánicas o ciclones.³² La importancia del texto radica en que el autor retoma los textos de cronistas coloniales como Vespucci, Simão de Vasconcelos, Rocha Pita, sin olvidar la *Canção do exílio* de Gonçalves Dias, por lo que podemos observar que se nutría de una tradición canónica de 400 anos de Edenismo.

Pero había una diferencia en el caso de Afonso Celso ya que su libro fue dedicado a los niños y la juventud en general. El autor quería incitarlos al patriotismo, con la intención de combatir el complejo de inferioridad que afectaba a muchos brasileños: “Quando disserdes: ‘Somos brasileiros! ’, levantai a cabeça, transbordantes de nobre ufanía”³³. Su libro tuvo una amplia difusión, como lo atestiguan las numerosas ediciones. En este sentido, debe remarcarse que el inicio de la República (1889) fue marcado por un esfuerzo de varios literatos que inculcaban a los niños el amor a la patria, usando para este fin, textos escolares de educación cívica. Esos libros, y ciertamente también el texto *Por que me ufano*, fueron adoptados en las escuelas primarias. Sólo así puede explicarse que al final del

³¹ Ferdinand Denis, *Scènes de la nature sous les tropiques, et de leur influence sur la poésie; suivies de Camoens et José Indio*. Paris, L. Janet, 1824; y *Résumé de l’histoire littéraire du Brésil*, 1826.

³² Afonso Celso, *Por que me ufano de meu país*. 8ª. ed., Rio de Janeiro, Garnier, s/a. (Primera edición de 1900), pp. 189-190.

³³ *Id.*, pp. 3. Nótese que la palabra “brazileiro” aún se escribía con z.

siglo XX, casi 500 años después de la conquista, la opinión nacional era marcadamente edénica en su visión del país, habiendo infiltrado por lo bajo e impregnado toda la sociedad.

Dos encuestas de la opinión pública realizadas en 1996, una nacional y otra en la región metropolitana de Río de Janeiro, confirman el fenómeno. Preguntados si tenían orgullo de Brasil, los entrevistados respondieron masivamente (85% en la encuesta nacional, 87% en la de Río de Janeiro) que sí. Solicitados a dar tres razones por el orgullo, muchos (30%) respondieron que podían precisar una razón particular. Pero sumando las tres respuestas (eliminando los que no sabían o no respondían), se llegó al resultado de que la principal razón apuntada para tener orgullo (35%) era la naturaleza y en segundo lugar, (15,5%) el carácter del pueblo.

La destrucción del paraíso y la búsqueda de otra tierra prometida

Lo trágico es que la persistencia de la visión idealizada de la naturaleza convivió con una actividad sistemática, desde 1500, de destrucción de esa misma naturaleza. El ‘brasileiro’ era, por profesión un devastador del medio ambiente. La destrucción colonial de seis mil kilómetros cuadrados de selva atlántica (Mata Atlântica) continuó después de la independencia y hoy resta poco de estos bosques tropicales. Otras selvas también fueron devastadas: la amazónica pierde anualmente buena parte de sus árboles por la acción del fuego atizado por colonos que quieren formar pastizales para su ganado. Los aires, las aguas, las playas, todas exaltados por el Edenismo, están contaminados. Y muchos de los ríos, inclusive los os navegables, simplemente han desaparecido. Gran parte de la fauna originaria entre ella los papagayos (que dieron uno de los primeros nombres a la tierra), fue casi exterminada. Muchos de dichos animales son vendidos ilegalizados en el mercado interno o contrabandeados para mercados del exterior, con el resultado de que varias especies han sido totalmente extinguidas. A su vez, parte de las ricas tierras en las cuales, de acuerdo con la expresión de Caminha, “querendo-a aproveitar, dar-se-á nela tudo”, han sido convertidos en desiertos.³⁴

³⁴ Para una historia de la devastación del Brasil, véase Warren Dean, *With broadax and firebrand. The destruction of the Brazilian Atlantic forest*. Berkeley, The University of California Press, 1995.

En efecto, el brasileiro del palo de brasil destruyó el paraíso de la Isla. Pero a pesar de morir el sueño, logró revivir. (Mas, sonho morto, sonho posto.) La generosidad de Dios con el país fue tan grande que, además de dotarla como paraíso natural, prometió convertirla en un paraíso histórico. Una parte del mito Edénico tiene que ver con el propio tamaño del país. El barón de Eschwege, ingeniero alemán quien vivió en Brasil en las primeras décadas del siglo XIX, observó que los brasileiros hablaban en hipérboles: “tudo no Brasil deve ser grande, a natureza deve ser diferente, mais gigantesca e mais maravilhosa do que em outros países”.³⁵ Ese complejo de grandeza encontró su versión política en la creencia de que el país se tornaría en un grande y poderoso imperio.

De hecho, a partir de la llegada de D. João al Brasil en 1808, se hizo común hablar de la formación de un gran imperio en la antigua colonia, ya que Portugal, por sus limitaciones geográficas e demográficas, no tenía condiciones para servir de base a tal emprendimiento. La aspiración fue alimentada por estadistas portugueses desde que surgió el riesgo de una invasión napoleónica de la península ibérica. Luego, justo antes de la independencia, el príncipe Don Pedro se dirigió a los brasileiros hablando “desse vasto e poderoso império” y un año después de la independencia, el obispo Don Marcos fue aún más explícito al hablar de la realización en el Brasil del *Quinto Império*.³⁶ Al visitar a Brasil en 1838, un capitán de la marina de los Estados Unidos, Charles Wilkes, anotó que los brasileiros “acreditam firmemente que um grande destino aguarda o Brasil”.³⁷

No fue fortuito, por lo tanto, que el nuevo país creado en 1822, no se llamara reino como la metrópoli, sino Imperio, denominación que parecía adecuarse a las dimensiones geográficas y a las dimensiones de sus ambiciones para el futuro. Debe recordarse que en la misma época en México se intentó una experiencia semejante pero con pocas probabilidades de éxito debido a la ausencia de representantes de alguna familia real. Durante todo el siglo XIX, en cuanto duró la monarquía, el Imperio de Brasil (1822-1889) ofreció un nítido contraste con las repúblicas que la rodeaban. Los estadistas imperiales ostentaban un verdadero orgullo en su país, incluyendo una notable confianza en un sistema

³⁵ Citado en H. Handelman, *História do Brasil*. 4ª. ed., Belo Horizonte, Itatiaia, 1982, pp. 185.

³⁶ Sobre el mito del poderoso imperio del Brasil, véase Maria de Lourdes Viana Lyra, *A utopia do poderoso império. Portugal e Brasil: bastidores da política, 1798-1822*. Rio de Janeiro, Sette Letras, 1994.

³⁷ Charles Wilkes, *Narrative of the United States Exploring Expeditions during the years 1838, 1839, 1840, 1841, 1842*. Philadelphia, Lee and Blanchard, 1845, pp. 17.

político que consideraban superior y más civilizado que el de sus vecinos por su estabilidad y libertades (con la excepción rigurosa de los esclavos). El propio emperador, Don Pedro II, a pesar de ser profundamente pacifista, no dudaba en apoyar la reacción militar cuando juzgaba que la honra del Imperio había sido ofendida.

Este complejo de grandeza, al lado del mito Edénico, pasó a hacer parte del imaginario del país. La creencia fue reforzada en 1942 por el escritor austriaco Stefan Zweig, quien escribió un libro cuyo título era *Brasil, país do futuro*. Refugiado en Brasil por causa de la guerra, se encandiló con la convivencia racial que allí encontró. Ante el espectro de una Europa que se destruía y que daba el monstruoso ejemplo de la persecución nazi a los judíos, vio en el Brasil un ejemplo de convivencia humana.³⁸ En otra concepción muy diferente, la visión de un grandioso futuro se manifestó años más tarde en el proyecto de Brasil como gran potencia promovida por los gobiernos militares desde 1964 en adelante. Más recientemente, una encuesta nacional de 1996, reveló que 57% de los brasileños creían en la utopía del gran imperio. El propio himno nacional también incorpora al Edenismo diciendo literalmente: “o teu futuro espelha esta grandeza”.

Pero el gran mito fue destruido por la acción depredadora de los propios brasileños y la utopía del gran imperio sistemáticamente frustrado por el desempeño del país. El Brasil llega al siglo XXI con una población de 185 millones de habitantes, pero con índices de desarrollo político, social y económico que lo apartan de cualquier veleidad de gran imperio, siendo especialmente humillante la comparación con los Estados Unidos. En la época de independencia de las colonias angloamericanas, un grupo de políticos que incluía Jefferson, Franklin, Madison y Dickinson, alimentaba las mismas ambiciones de gran patria que los brasileños. Esos políticos hablaban del potencial de las ex-colonias de transformarse en un imperio autónomo e poderoso del Nuevo Mundo. En la Convención Constitucional de 1787, Franklin y otros dirigentes usaron la palabra imperio y para bien o para mal los norteamericanos fueron capaces de transformar su sueño en realidad.³⁹

El Brasil solamente cosechó frustraciones. Desde la proclamación de la república en 1889, su política siguió más o mismo el padrón de los demás países de América Latina, con

³⁸ Recidiendo en el país del futuro, Zweig y su mujer no soportaron el espectáculo de autodestrucción de Europa y se suicidaron en 1942. Sobre el drama de su historia véase el libro de Alberto Dines, *Morte no paraíso. A tragédia de Stefan Zweig*. 2ª. ed., Rio de Janeiro, Nova Fronteira, 1991.

³⁹ Véase Marc Egnal, *A mighty empire. The origins of the American Revolution*. Ithaca and London, Cornell University Press, 1988, pp. 6.

períodos de legalidad interrumpidos por golpes militares y dictaduras. La riqueza nacional creció a un ritmo irregular y continuo hasta con una distribución del ingreso que es de los más desiguales del mundo. Ha sido solamente hace pocos años que la educación básica se ha universalizada, mientras que en la enseñanza media y superior, el país exhibe índices entre los peores de América Latina. Más recientemente, la violencia comandada por traficantes de drogas ha convertido la en las grandes ciudades en una verdadera pesadilla, sobre todo para la población más pobre. La idea de país de futuro acuñada por Zweig se ha convertido en un chiste: Brasil es y —al parecer— siempre será, un país del futuro.

Ante tanta frustración y tanta distancia entre sueño y realidad, se hace comprensible que se haya desarrollada en el país una pasión desenfrenada por el fútbol. Durante la copa mundial de 2006, resulta a la vez fascinante e irritante contemplar el espectáculo de un país entero paralizado para ver jugar a la selección nacional. Todas las actividades se interrumpen, las calles se vacían, las banderas nacionales aparecen en gran número de edificios, todos los hinchas visten la camisa de la selección y los colores verde y amarillo cubren al país. En la misma Academia Brasileira de Letras que podría estar alejada del espíritu que domina al país, se organiza un ciclo de conferencias en torno al tema de fútbol y literatura.

El entusiasmo puede explicado en parte por el hecho que el fútbol es la única actividad de alcance popular en el país que le permite destacarse internacionalmente. Un partido de fútbol es el único momento en el que los brasileños, inclusive las poblaciones indígenas, se identifican en un sentimiento común de solidaridad que la patria política no proporciona. Como señaló el propio Nelson Rodrigues, ya citado, la selección viene a representar la patria que los brasileños no pueden encontrar en otros ramos de actividad. La excelencia en este campo, atestiguada por la victoria en cinco copas mundiales, se torna entonces en un sucedáneo del paraíso perdido y del imperio imposible. En los términos de este trabajo, un juego de la selección nacional simboliza el único momento en el cual todos los brasileños gritan juntos el nombre de su país, sin preocupaciones por lo material, los paraísos y los sueños.